



Lo que en este momento ignore, es sólo un asunto temporal: si me lo propongo ahora, dependiendo de lo difícil del tema y la materia, será únicamente un asunto de tiempo que yo sepa lo que ahora no sé: tengo el método y la herramienta, que se llama lectura. No sé medicina, derecho, arquitectura, química, matemáticas, literatura, biología, historia, astronomía... cualquiera de estas ciencias las sabré con unos cuantos años de lectura. **Hay en mí, en potencia, un sabio que lo sabe todo, sólo es cuestión de tiempo, de tiempo de lectura.** De tiempo de placer, porque la lectura sin placer, sin el placer de leer, de aprender, de saber, de divertirse, es una tortura.

Conferencia de las provocaciones

Basta ya de decir:
¡HAY QUE LEER!

Dante Medina

Basta ya de decir:
¡HAY QUE LEER!

Basta ya de decir:
¡HAY QUE LEER!

Conferencia de las provocaciones

Dante Medina

Conferencia leída el 23 de mayo de 2016 en el auditorio de la Facultad de Contabilidad y Administración de la Universidad de Colima, y en el IX Congreso Latinoamericano de Comprensión Lectora, efectuado en la Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente, del 29 de agosto al 1 de septiembre de 2016.



PUERTABIERTA
EDITORES

Basta ya de decir: ¡HAY QUE LEER!
Conferencia de las provocaciones

© **Dante Medina**

dantemedina54@gmail.com
www.dantemedina.com

D.R. © Primera edición 2016

Puertabierta, Editores, S. A. de C. V.
Ma. del Refugio Morales No. 583,
Col. El Porvenir, Colima, Col.
www.puertabierta.com.mx

ISBN: 978-607-8488-06-3

Diseño: pablocesarolivabrizuela@hotmail.com

Impreso en México

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Para Miguel Uribe Clarín y para Etherline Mikëska,
grandes compañeros en esta batalla,
uno en Colima (México),
la otra en la Patagonia (Argentina).

I. PROVOCACIÓN 1:

Dejen en paz a los ignorantes

Decir: *¡hay qué leer!*, ya parece una religión, una fe, una moral. Una secta aburrida, un profesor regañón, una maestra amargada.

Mejor, entremos en una reflexión, desde el principio. Veamos qué es la palabra, la palabra hablada; y veamos qué es la palabra escrita, la lectura.

Entre aquellos que me conocen, tengo fama de provocador; no de buscapleitos ni de bravucón, de provocador, lo que quiere decir que soy un pensador independiente, un escudriñante de la vida cotidiana y de la realidad, un profesor en suma. Y como tal hablaré hoy: así como vaticiné hace muchos meses que Donald Trump llegaría a candidato a la presidencia de Estados Unidos (lo que ya se cumplió) y que si no lo detienen asesinandolo o “algo parecido” llegará a la Presidencia, así como tengo años vaticinando que la derecha europea llegará al poder pronto (podría ganar las elecciones próximas en algunos países) y que los musulmanes se apoderarán de Europa por la vía de la reproducción poblacional (ya Francia, al día de hoy, tiene 2248 mezquitas), así mismo digo que basta de decirles a

los estudiantes que *hay que leer*, como una tarea, como una obligación, como una penitencia o un deber desagradable. Mejor (soy un provocador que propone soluciones, a la manera de Sócrates) digámosles las consecuencias magníficas que nos da la lectura y las consecuencias catastróficas que acarrea no leer.

Mis alumnos nuevos del Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Guadalajara (de donde soy jubilado), siempre me preguntaban cuántas lenguas hablo, y, en consecuencia, qué tanto sé, cuál es el abanico y los límites de mi cultura y mis conocimientos. Siempre les respondía que actualmente hablo muy pocas lenguas para mi gusto, pero podrían ser muchas en un futuro. Y en cuanto a mi sapiencia, la respuesta era categórica: *Yo lo sé todo*. Así, tal cual: *yo lo sé todo*. Con la incredulidad en los ojos, me tachaban de arrogante y de mentiroso. Yo les respondía insistiendo en que sí, yo lo sé todo, *sólo es cuestión de tiempo*. Lo que en este momento ignore, es sólo un asunto temporal: si me lo propongo ahora, dependiendo de lo difícil del tema y la materia, será únicamente un asunto de tiempo que yo sepa lo que ahora no sé: tengo el método y la herramienta, que se llama *lectura*. No sé medicina, derecho, arquitectura, química, matemáticas, literatura, biología, historia, astronomía... cualquiera de estas ciencias las sabré con unos cuantos años de lectura. Hay

en mí, en potencia, un sabio que lo sabe todo, *sólo es cuestión de tiempo*, de tiempo de lectura. De tiempo de placer, porque la lectura sin placer, sin el placer de leer, de aprender, de saber, de divertirse, es una tortura.

II. PROVOCACIÓN 2:

Hablar y leer para desahogarse

Suelen, los administradores ignorantes, pensar que las “humanidades” (es decir: la lectura) son una ociosidad, destinada a los que se reconocen fracasados en “ciencias exactas”, y que, además, no producen dinero, por lo tanto, son inútiles.

Esos malos educadores y peores administrativos, olvidan que la palabra es el origen de todo, que la palabra está en todo. Mientras más se es capaz de usar la palabra, de darla y recibirla, mejor habilitado se está para la vida, para la comprensión de las cosas, para la convivencia, para el entendimiento entre los hombres, de las personas y las ciencias: no hay conocimiento sin palabras, incluida la intuición y el misticismo, si quieren compartirse.

En el origen, en el desarrollo, en el avance de todas las ciencias, las humanas y las técnicas, las de la sociedad y las del laboratorio, las que construyen puentes y las que curan enfermos, está la palabra. No hay ciencias sin la palabra, porque sin lenguaje no existe el pensamiento.

La literatura es el arte de la palabra, es la ciencia a la que le toca de más cerca el lenguaje, la que lo cuida, lo estudia, y lo alberga. Y la educa-

ción es la conservadora y la transmisora del conocimiento y la experiencia humanas, a través de la palabra. No hay grandes civilizaciones sin gran literatura y sin grandes educadores.

1. NO ANDEMOS PENSANDO QUE LAS PALABRAS TIENEN POCO VALOR

Tendemos a pensar, naturalmente, que las palabras tienen poco valor, que son ligeras, que carecen de una fuerza de perdurabilidad, que “a las palabras se las lleva el viento”.

Todo esto es falso: a las palabras nunca se las lleva el viento. Mejor aún: las palabras son la única cosa humana a la que no se lleva el tiempo.

La palabra es perdurable, durable, pudiente.

¿Por qué digo que a las palabras no se las lleva el viento? O, ¿por qué se dice que a las palabras se las lleva el viento? Lo pasajero, lo que “el viento” se lleva, no son las palabras: es la voluntad de los hombres de olvidar sus promesas, sus decires, sus afirmaciones, sus compromisos. Nadie olvida menos sus palabras que el que dice: “Ya no me acuerdo”.

Cuando nosotros desconfiamos de un trato —amoroso, comercial, moral— con una persona, le pedimos que lo escriba en un papel, con palabras, para que las palabras queden fijas en la escritura y podamos recurrir a ellas como testi-

monio, *leyendo*, y en el momento en que la persona comprometida nos responda: “Yo no dije eso”, nosotros le mostremos la prueba *escrita* de que ella afirmó y firmó lo que dijo. Porque, si el mismo compromiso lo contrajéramos “de palabra”, esto es, de viva voz, alguna de las partes podría recurrir a la treta de: “¿Yo cuándo dije?!” , “Ya no me acuerdo”.

Pero, atención: la palabra es durable y perdurable, y pudiente, dije yo hace un minuto, y yo nunca olvido lo que digo, y si lo olvidara están ustedes aquí frente a mí para recordármelo. O yo mismo para *leérmelo* en esta hoja que tengo aquí escrita. ¿Qué puede pasar si yo niego mi palabra? Algo muy simple: ustedes sabrán que yo miento y que por lo tanto soy un “desdecidor” de mi propia palabra, un “rajón”. Esto, claro, no tiene nada que ver con la palabra misma: tiene que ver con mi incapacidad de respeto a la lengua, con mi falta de respeto hacia mí mismo, hacia el que me escucha, y hacia la palabra.

Se equivocan quienes creen que la palabra hablada es una palabra que se olvida, que no cuenta, que “se la lleva el viento”. Lo único que puede suceder es que yo quiera ignorar lo que dije, quiera “malusar” el lenguaje diciendo las cosas que no pienso hacer ni cumplir. Esto pertenece al orden de la moral y de la dignidad, no de la lengua, ni de la literatura. ¿Pueden ustedes

imaginarse el desastre que sería un profesor que miente mientras enseña, o que enseña falsedades? Esto sucede a menudo porque el profesor “se acuerda mal”, imprecisamente, de lo que le dijeron sus profesores y que el tiempo diluyó (o él confundió), en lugar de recurrir a la *lectura reciente* del libro correcto con el dato exacto.

Es un error suponer que la palabra no dura porque está hecha de viento, del aire que necesita la voz para hacerse audible. Los cristianos, con otras religiones, creen firmemente que la palabra es vida y origen de la vida. Y creen también que La Palabra —con mayúsculas— es el origen de los seres humanos sobre la tierra y de la Creación toda. Los especialistas en la palabra —con minúscula— llegamos, por otros caminos, y por otras razones, a la misma conclusión: sin el aire no hay vida, y sin la palabra tampoco hay ser humano: la palabra, como los hombres, como los seres vivos, necesita del aire, respira como nosotros respiramos.

Y, podría yo ir más lejos en mis afirmaciones: hay una doble respiración interdependiente. Cuando el aire respira la palabra, la palabra respira el aire. ¿Es esto circunstancial, perecedero? ¿Dura poco el aire? ¿Dura poco la palabra?

Formulo de nuevo mi afirmación, y de repente dudo (como todo educador, como todo maestro: la duda es parte de nuestro trabajo

diario), dudo de si me equivoqué cuando dije que no es cierto que a las palabras se las lleva el viento. Pero sí, sí es cierto que a las palabras se las lleva el viento: sólo que el viento no se va, el viento se queda, es aire, permanece, acogiendo y protegiendo a la palabra, hija suya a fin de cuentas, hija y madre del viento, del aire, la palabra.

Tiene razón la sabiduría popular: a las palabras se las lleva el viento, cuando se va, cuando se vaya. Pero mientras haya viento, mientras haya aire: o, mientras haga viento y mientras haga aire, habrá palabras. Palabras duraderas como el aire.

2. DEME LA PRUEBA, MAESTRO

Dirán ustedes que hago afirmaciones nomás porque me da la gana, que hablo nomás porque tengo boca.

Yo no quiero que a mis palabras se las lleve el único verdadero “aire” que se lleva a las palabras: *el olvido*. No quiero que olviden mi palabra de hoy porque les parezca palabra irresponsable, superficial, insulsa. Las palabras, habladas y escritas, que se olvidan, son un fracaso de la educación y por lo tanto del conocimiento. Entonces, voy a hacer algunas demostraciones. Las demostraciones son fundamentales para reforzar la fe en la palabra; actúan como el pegamen-

to, la laca, la resina, o el dolor: contribuyen a que las palabras se peguen al recuerdo.

No voy a insistir en que la palabra está hecha, físicamente, de aire: hablen ustedes poniéndose la palma de la mano frente a la boca, y verán que lo que su mano siente no son precisamente sonidos, ni menos aún significados, sino aire en movimiento, vibraciones del espacio, viento, que, dicho sea de paso, está vivo, actúa en nosotros. O, si el espacio no viviera y pulsara, ¿por qué en algunos lugares decimos que nos sentimos bien, y en otros nos sentimos desasosegados? O es reconocer que el espacio está vivo e interactúa en nosotros, nos “habla”, se relaciona con nosotros, o de plano tendremos que aceptar que los fantasmas existen. O, ¿es que ninguno de ustedes ha sentido, estando en algún nuevo lugar, que el espacio lo acoge, como los oídos acogen la palabra, y que le da la sensación de “haber estado ahí antes”, el famoso *déjà-vu*?

La palabra es necesaria a la vida de los seres humanos. Daré el ejemplo de uno de los experimentos lingüísticos más dramáticos de la historia: en el siglo XIII, Federico II, Emperador de Alemania, quiso saber de dónde provenía el fenómeno de que los niños, independientemente de su origen social y genético, hablaran la lengua del lugar en el que les tocara en suerte crecer:

Un niño, sabía Federico II y lo sabemos todos hoy en día, sin importar la nacionalidad y los padres que tenga, aprenderá la lengua del lugar en el que fue plantado o sea trasplantado desde pequeño. La pregunta que se hacía Federico II era ésta: ¿cuál sería la lengua que hablarían los niños aislados de la palabra, de las personas, del habla? ¿Hablarían la Lengua de Dios? El emperador aisló a un grupo de niños y no permitió ningún contacto lingüístico con ellos: nada más se les proporcionó alimento. Los niños así tratados no solamente no hablaron ningún tipo de lengua, sino que murieron todos. Simplemente se murieron, sin hablar ninguna lengua. Sin la palabra, no pudieron sobrevivir.

Los seres humanos somos seres de la palabra; la palabra queda en nosotros, porque somos también seres de la memoria. La palabra nos lleva al pasado, nos acompaña en el presente, y nos conduce al futuro. Quien tiene mucha y valiosa palabra hablada, tendrá mucho pasado, mucho presente, y mucho futuro, con sus contemporáneos, con los seres vivos cercanos; quien tiene mucha y valiosa palabra escrita, tiene, en permanencia, todo el pasado, todo el presente, todo el futuro, con vivos y muertos de todas las latitudes, cercanos y distantes, de todos los credos, de todas las costumbres, de todas las ciencias, de todas las artes.

Esto lo sabemos por intuición: por eso buscamos afanosamente que nuestro nombre quede escrito en la historia, para que perdure en el recuerdo la palabra que nos nombra, que quede memoria futura de que existimos alguna vez en el mundo.

3. LA PALABRA DESTRUYE Y CONSTRUYE

Una vez demostrado que la palabra está hecha de aire, conviene que sepamos que de ahí pasa a ser fenómeno químico en nuestro cerebro, y que luego se convierte en fisiología, en parte de nuestro cuerpo: en llagas, en enfermedades, en secreciones glandulares.

Cotidianamente decimos que algunas expresiones, algunas palabras, nos “ponen la carne de gallina”; que algunos nombres —palabras, entonces—, “nos revuelven el estómago”; que algunas expresiones “nos ponen los pelos de punta”.

La palabra influye en el mundo físico. Influye profundamente en nosotros. No todo lo que dice la brujería es cierto, y no todo lo que se dice de la brujería es cierto. A un primer nivel, la palabra se vuelve “mágica”, ejerce su poder sobre nosotros, por sugestión. Cuando nos leen las cartas y nos predicen el futuro, no es precisamente que la cartomanciana “vea” el porvenir: nos está convenciendo para que, en términos

generales, actuemos como su palabra lo indica. Nos está induciendo con sus palabras a que nuestros actos hagan verdad lo que ella dice.

¿Qué es el Mal de Ojo, qué es La Maldición, qué es la Excomunión? Son anatemas, es decir, formas verbales, que nos condenan a la enfermedad física, a la desgracia moral, a la separación espiritual de Dios. No son, estrictamente hablando, más que palabras que una comunidad reconoce como válidas: funcionan en el contexto en que se profieren, y dañan, ciertamente hacen mal. Pero se conjuran con, simplemente, desconocer el contexto que le da valor a la palabra: es decir, si no soy católico, de nada sirve que me excomuniquen; si no creo en la brujería, es inútil que me echen mal de ojo; si no me importa la persona que me maldice, está desperdiciando sus maldiciones.

O, ¿creen ustedes que al diablo le importaría que le invitáramos a presentarse, que lo invocáramos, si no creemos en él? Nos mandaría, estrictamente hablando, muchísimo al diablo. Sin la complicidad que implica la comunicación, imposible dialogar con Satán.

¿Saben ustedes cómo funciona la hipnosis? ¿Cómo creen ustedes que se duerme la gente a la que uno hipnotiza? Se duerme guiada por la palabra. La hipnosis se provoca con la palabra, y con la creencia de las personas que se someten

al proceso en el poder de la palabra. Cuando el “sujeto” a hipnotizar no cree en la hipnosis, es inútil gastar palabras: difícilmente lograremos hipnotizar al que no cree en las palabras, de la misma manera que uno que cree en ovnis o en aparecidos tiene más posibilidades de ver ovnis o aparecidos que uno que no cree en ellos.

Tenemos en nuestro cuerpo un verdadero *botiquín*: estamos equipados para producir fármacos por nosotros mismos: por ejemplo, podemos producir, por sugestión, endorfina, una sustancia que actúa como la morfina en nuestro cerebro. El *Experimento de Mark* es muy esclarecedor: dos grupos similares de pacientes fueron tratados, los unos, con psicoterapia (con la palabra), y los otros con productos farmacéuticos; al final del tratamiento, se comprobó que los pacientes que no recibieron sino la palabra tenían más síndrome de abstinencia que los que ingirieron químicos: los medicados con palabras ansiaban más su dosis de palabras, que los medicados con fármacos sus dosis de droga. La conclusión es simple: la palabra generó en ellos verdaderos procesos químicos y adicciones biológicas a los “medicamentos” que no tomaron, es decir, a las drogas producidas, por medio de la palabra, por su propio cerebro.

Más todavía: sin necesidad de experimentos de laboratorio, la palabra produce reaccio-

nes químicas y físicas en nuestro cuerpo. Una palabra triste o trágica (la amada que nos termina, por ejemplo) puede hacernos derramar lágrimas (reacción química) y echarnos a llorar (reacción física: el movimiento del tórax y el torso y el sonido gutural del llanto). O puede suceder lo mismo pero al contrario, con un elogio, una buena noticia, la esperada declaración de amor, o la feliz reanudación de una ruptura. En ambos casos, nuestro organismo es alterado por la palabra, y cambia el ritmo de palpitos del corazón y se modifica la cadencia de nuestra respiración, y nuestro cerebro genera químicos benignos o dañinos con los que envenena o acaricia nuestro cuerpo.

4. LA PALABRA ES MÁGICA

La palabra es mágica. ¿No soñamos con un ente, cibernético o biológico, una computadora, un perro, un robot o un androide, que ejecute nuestros caprichos siguiendo nuestras órdenes sin que nosotros tengamos que movernos, con la sola emisión de la palabra? Ese ente existe: otros seres humanos.

Cuando pedimos algo, ordenamos algo, con la palabra, y es ejecutado, la palabra está actuando como algo útil, funcional. Es un error imaginar que la palabra es abstracta: La palabra provoca el acto, la palabra genera el acto, cuando

digo: “Haz esto”; la palabra evita el acto cuando digo: “No hagas eso”. Son maneras directas de tener injerencia en la realidad.

La palabra hace que exista, sin hacerse realidad, el acto posible y el acto imposible. Si yo digo: “Te voy a comprar una bicicleta”, la palabra convoca el objeto bicicleta y lo deseo más que cuando ignoraba que era posible que me compraran una bicicleta. Si yo digo: “La Luna es de queso”, no vuelvo a mirar la Luna de la misma manera, aunque lo que haya dicho sea imposible.

“Ábrete sésamo”, ordena el personaje en “Alí Babá y los cuarenta ladrones”, y la puerta de la caverna del tesoro obedece a la palabra y se abre. “Levántate y anda”, le dice Cristo a Lázaro, y la palabra provoca el acto. “No estés dando lata”, le decimos a nuestro hermano menor, y es probable que deje de molestarnos. La palabra, siempre que se pronuncia, altera la realidad; en los dominios de lo imposible: sólo cambia en mi imaginación; en los dominios del mundo de los objetos: cambia materialmente la realidad.

La palabra, en todo caso, saca mis intenciones, mis caprichos, mis cosas mías, fuera de mí.

Hace la palabra, por medio de la educación, que, “mágicamente” mis alumnos sepan lo que sólo yo sabía apenas una hora antes, y que, en

un acto verbal de generosidad, les acabo de *transmitir* y enseñar.

5. LA PALABRA: CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE

Una palabra puede ser el filo entre la vida y la muerte: la muerte física y la muerte emocional; o ambas.

La palabra puede provocar la muerte física: por una palabra de más, la que hace funcionar a fondo el detonador de la violencia, mato, asesino. Palabra del insulto, del reproche, o de la crítica. Palabra que no se soporta. Porque puedo aguantar que me digan: “Vete pal carajo” o “Lárgate”, sin sacar la pistola o el cuchillo, pero es probable que si me dicen: “Chinga a tu madre”, asesine al que me insulta, o cuando menos lo golpee.

La palabra puede provocar la muerte emocional: me estoy refiriendo a esa palabra después de la cual ya nada vuelve a ser lo mismo: algo ha roto, algo ha destruido. La palabra que es parteaguas en la vida y las relaciones entre personas. La palabra que, por su fuerza ofensiva, se interpone entre nosotros —el que la dijo y el que la recibió— e impide la reconciliación.

En ninguno de los dos casos —la palabra que provoca la muerte física y la palabra que provoca la muerte emocional— la vida vuelve a ser la misma, nunca recuperamos ese pasado

de nuestra amistad, sin daño, sin agresión: la palabra ha modificado nuestra percepción del tiempo, y nuestra conducta.

Con “Es que tú dijiste que”, “Es que tú me trataste de”, empiezan las tentativas de disculpa entre las personas a las que ha separado la palabra. Nótese que no se dice: “Tú *me hiciste* tal cosa”, sino “Tú *me dijiste* tal cosa”.

Es más fuerte y más ofensivo que lo que me has hecho, lo que me has dicho en mi cara; o, peor aún, maldad de las maldades: es gravísimo lo que, a mis espaldas, “andas diciendo de mí”.

La palabra tiene filo: corta; puede ser dañina: hiera.

6. ÉRAMOS AMIGOS, PERO YA NO ME HABLA

A lo mejor aún no los he convencido a ustedes, con mis afirmaciones, sobre el poder de la palabra hablada y escrita, y su rol fundamental en la transmisión del conocimiento y en la vida cotidiana. Y me fatigaría explicándoles, sin que me creyeran, que todas las instituciones, el Estado, la Iglesia, la Educación, tienden a dominar a las personas controlando el uso de la palabra: “Esto se dice así”; “Esto no se dice así”.

—Quiero que me oiga —le decimos a un sacerdote. Y él corrige: “Lo que quieres es que te confiese”.

—Quiero que me haga preguntas para ver si aprendí —le decimos a un maestro. Y él corrige: “Lo que quieres es que te haga un examen”.

—Quiero que me dejen fabricar y vender sombreros —le decimos al estado. Y él corrige: “Lo que quiere usted es una solicitud de permiso para abrir un giro de...”, etcétera.

Por eso, prefiero puntualizar con ejemplos de *su*, de *nuestra* experiencia biográfica vivida en la convivencia de diario, que ustedes conocen muy bien. Veamos.

Si la palabra no tuviera poder, si no existiera el poder de la palabra, si las palabras no tuvieran importancia, si se las llevara el viento, y las pronunciaríamos irresponsablemente, es decir, si las palabras simple y llanamente nos *valieran madre*, ¿por qué nos afectan tan íntimamente? ¿Por qué nos molesta tanto que Fulano no nos hable?, ¿por qué nos enojamos porque alguien no nos dirige la palabra? ¿Por qué nos parece gravísimo que alguien nos quite o quitarle nosotros a alguien la palabra?

“¿Qué ha pasado con la bronca que traías con Fulano?”, nos preguntan. Y nuestra primera respuesta es: “Ya no le hablo”. Y luego agregamos, para justificarnos: “Es que ya me cae gordo”. Pero es falso: el verdadero castigo es privarlo de la comunicación conmigo, sacarlo de mi universo, negándole la palabra, sólo que nos

parecería ridículo decir: “Como se ha portado muy mal con-mi-ego, le castigo excluyéndolo de la comunicación verbal conmigo”. Claro que es ridículo decir esto. Lo decimos mucho mejor: “Ya no le hablo”. Le aplico *la ley del hielo*: la más terrible de las leyes. *La ley del hielo*: el silencio nos hiela por dentro, mientras que las palabras de cariño nos calientan el corazón. No hay peor castigo ni peor condena que la exclusión de una persona por medio del silencio: puede seguir viviendo en el mismo pueblo, puede seguir viviendo en el mismo hogar, puede seguir durmiendo en la misma cama: nada comparte ya conmigo la persona a la que he sacado de mi vida negándole la palabra; la hemos anulado. Es muy sabia la oración cristiana cuando dice: “Señor, yo no soy digno de que vengas a mí, pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma”. Una palabra generosa basta para salvar el alma; una palabra agresiva basta para destruir el alma.

Si no, piensen en cómo guardamos el rencor contra alguno de nuestros amigos y contra alguna persona que queremos porque *no me habló*. Y, a veces simplemente: porque *no me saludó*.

O pongan ustedes el caso de los novios: si el muchacho habla y escribe bien, la tiene más ganada que el que habla y escribe mal; el torpe de palabra oral y escrita, el que no sabe ni hablar ni escribir, la tiene perdida. O piensen en el caso

de las misas: habla bien el padre, me gusta más su misa; no habla bonito el padre, no me gustan sus misas. O, como se dice tan acertadamente: “Rollo mata carita”.

Hablar y escribir bien, utilizar la palabra con acierto y sinceridad, da ventajas para el que la dice y escribe, y da ventajas para el que la oye y la lee. Leí en alguna parte una declaración de amor muy original; decía el recado, con voz de mujer: “Te quiero por tu buena ortografía, porque si así de bien cuidas tu lengua, así de bien me cuidarás a mí”.

La palabra es poder, porque tiene fuerza: la fuerza de los seres vivos que utilizamos la palabra. Y como todas las energías, incluida la energía nuclear, el petróleo, la electricidad, el vapor, y el fuego, la palabra puede sernos útil para nuestro bien y puede servirnos para nuestro mal.

7. LA LENGUA Y LA EDUCACIÓN

Educar, enseñar, es un acto indisociable de la palabra oral y escrita. El utensilio clave del profesor es la palabra. En nuestro país la educación es marcadamente oral: en la palabra hablada reposa buena parte de nuestra formación profesional. Como el buen predicador, el buen maestro debe de ser un artífice de la palabra, un orador de primer orden, un virtuoso del uso de

la lengua. Un profesor así, hace clases agradables y eficaces, y mantiene a los alumnos atentos y receptivos. Un mal usuario de la palabra es un mal profesor. No hay disculpa: el que no sabe expresarse no puede enseñar. El que no tiene un buen acervo lingüístico, no puede aprender.

¿Y cómo se enseña uno a hablar, cómo se enriquece la palabra oral en el educador, en el maestro, en el profesor, en el estudiante? Con la lectura. En los textos escritos está la palabra en uno de sus mejores momentos, en su forma más pulida y reposada, con su mejor traje, su mejor canto, su mejor baile: en la eternidad del instante en que se lee a lo largo de los siglos la palabra escrita está su frescura, su maliciosa inocencia primigenia recuperada una y otra vez.

La palabra escrita es posterior a la palabra hablada, y sin embargo y en reciprocidad, la palabra escrita cuyo contenido es la palabra hablada, se convierte en la maestra de la oralidad, en su inspiración.

III. PROVOCACIÓN 3:

Que no lea el que no quiera leer

1. LES DIJE A MIS ALUMNOS...

Durante mis más de cuarenta años de profesor, les dije siempre a mis alumnos que yo lo sé todo. *Sólo es cuestión de tiempo.*

Para mí mismo, hay días de a diario en que como hoy me pregunto: ¿de dónde sé yo que los diseños geométricos de las telas de araña tienen una relación de adherencia, fuerza, elasticidad, y consistencia, directamente ligada a la eficacia de la captura de la presa alimenticia que ha asegurado su supervivencia genética? ¿De dónde se metió a mi cerebro el dato de que hace más de dos mil años Eratóstenes midió con certeza la circunferencia de la Tierra? ¿Cómo es que yo sé que la maravilla del ojo humano es un compromiso casi imposible entre las fotocélulas, la luz, la perspectiva y la evolución anatómica? ¿Y que cada uno de los núcleos de sus células contiene una base de datos codificada con más información que los treinta volúmenes de la *Enciclopedia Británica*, igual que cada una de las células del cuerpo humano? ¿De qué parte de mi memoria saqué yo que el efecto Doppler, inspirado en la sirena de las ambulancias, que sirve a las po-

licias de caminos para determinar la velocidad de nuestros autos, proviene de la tecnología de emisor-receptor de ultrasonidos de los murciélagos, que “inventaron” el sonar antes que los militares, que puede funcionarles en una frecuencia de hasta doscientas emisiones por segundo, lo que les permite actualizar la imagen de su entorno hasta diez veces por segundo, por lo que su “visión periférica auditiva” en la oscuridad es superior a los tan publicitados ojos en la luz, y hasta mejor?¹ ¿Y la infinitud insólita de los números primos, y la variedad asombrosa de lenguas humanas, de dónde me vienen?

¿De dónde saco mi inquietud al acordarme del neurólogo italiano Sergio Canavero que se dice capaz de inducir la “muerte controlada”, y que anunció en 2013 que había cambiado la cabeza de un simio por la de otro, y que en 2015 prometió que en 2016 haría lo mismo con un ser humano, y que ya tiene un paciente-candidato, y la pregunta que surge sobre lo que está cambiando, la cabeza de un cuerpo a otro, o el cuerpo de una cabeza a otra?² ¿Y la idea de “la inteligencia de la naturaleza”, que sabe fabricar vidrio, pegamento, concreto (y vidrio a la temperatura ambiente, cuando se necesitan 1400 grados centígrados calentando el silicio

.....
¹ Dawkins, Richard, *El relojero ciego*, Barcelona, Tusquets, 2015.

² En rev. *Surgery Neurological International*, 2016.

mineral durante días), en un acto de microorganismos, animales y plantas, que se llama “bioinspiración”³ ¿Y las cinco memorias⁴ con las que trabaja nuestra mente, utilizadas en el funcionamiento del cerebro, incluso durante el sueño, en lo que llamamos la *paradoja del soñador* que hace que nuestro cuerpo y nuestra mente duerman en tiempos diferentes, lo que nos lleva a soñar de manera reiterativa que vemos nuestro cuerpo durmiendo, para asombro y a veces susto nuestro?⁵ ¿Y el avión solar que, con únicamente el impulso del sol, acaba de atravesar el Océano Pacífico, desafiando —casi— la reglas de los motores a combustión?⁶ ¿Pelearé contra las mujeres que luchan por la equidad de sexos cuando sé, ciertamente, que la superioridad masculina no es un asunto cultural sino un ingrediente biológico determinado por las tasas de testosterona, bien probado en chimpancés, los más primos nuestros entre nuestros primos los primates, porque su ADN se parece increíblemente al nuestro?⁷ ¿Cuándo aprendí yo que

.....
³ En rev. *Science et vie*, París, no. 1112, mayo de 2010.

⁴ 1. *La memoria episódica*, 2. *La memoria semántica*, 3. *La memoria procedimental*, 4. *La memoria de representación perceptiva*, 5. *La memoria de trabajo*.

⁵ Esto lo desarrolló con mucha minuciosidad en mi conferencia inaugural del Congreso Neurociencias en Julio, del Instituto de Neurociencias de la Universidad de Guadalajara, el 15 de julio de 2013, titulada: “Construcciones artísticas: cerebro y mente: viciosos de los catalizadores del imaginario”.

⁶ Me refiero al avión de Bertrand Piccard, 2016.

⁷ Artículo de Didier Raoult, en *Le Point*, del 23 de abril de 2016.

es inmoral pagar impuestos en un país donde los políticos se los roban, y hacen de la tributación un elemento nocivo para la justicia social, el desarrollo, la economía, la empresa, el negocio, el empleo? ¿De dónde yo, apenas literato, sé neurociencias tantas que me invita a dar conferencias inaugurales el Instituto de Neurociencias de la Universidad de Guadalajara? ¿De dónde sé yo tantas finanzas que el IX Congreso Internacional de Contaduría Pública y el III Coloquio de Avances e Investigación del DEFIS, me otorgaron el Premio a la Mejor Ponencia de su Congreso y Coloquio?⁸ Y a la pregunta de ¿por qué los humanos creen en dioses?, ¿cómo es que yo respondo, desde el fondo de mi memoria que al cerebro lo parasitan las creencias, y que los especialistas en neurociencias han descubierto que las propuestas religiosas infiltran y colonizan nuestros sistemas mentales centrales, como una bacteria?⁹ Y por más que me asombre y no acabe de entender, a la hora de despertarme, me viene a la memoria la idea

.....
⁸ Esto fue el 6 noviembre de 2014, en el Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara, por la ponencia titulada: “¿Por qué sí pagar impuestos y por qué no pagar impuestos?”.

⁹ En rev. *Science et vie*, París, no. 1019, octubre de 2002. O todas las explicaciones a la contradicción Inteligencia-Fe, y la creencia en Dios, que da Richard Dawkins en *El espejismo de Dios* (Madrid, Espasa-Calpe, 2009). Y sin duda hay cosas que aprendí y no cito y no recuerdo en este momento, de haber leído, del mismo autor, *Escalando el monte improbable* (Barcelona, Tusquets, 2008).

de que todo lo percibimos a la medida humana, y que en realidad no hay nada sólido en el universo sino en función de nuestro tamaño: si fuéramos minúsculos a una piedra la veríamos llena de agujeros, de enormes pasadizos por los que, dado que seríamos pequeñísimos, pasaríamos, como los átomos que pasan de un lado a otro de una placa de metal... ¿Y cómo es que yo me acuerdo de lo que significa el bucle del matemático Gödel, la sucesión de Fibonacci, la recursividad en el dibujante M. C. Escher, y el barroco en el músico J. S. Bach?¹⁰ o ¿cómo es que me viene a la memoria que el álgebra no nació en Grecia sino en Bagdad, creada por el científico conocido como Ibn Musa, cuyo nombre completo es Abu Abd Allah Muhammad ibn Musa al-Jwarizmi, en su libro *Kitab el-muhtasar fi Hisab al-Jabr wa al-Muqqabala*, “tratado de cálculo de la reducción y de la confrontación”, título que contiene la palabra *al-Jabr*, que significa “insertar, colocar”, de donde deriva la palabra “álgebra”?¹¹ Y de dónde sé yo que hay “agujeros negros” (como los del espacio) en los amortiguadores de las naves interestelares, compuestos de granos alveolados de 30 a

.....
¹⁰ De haber leído hace años, me viene: *Gödel, Escher, y Bach, una eterna trenza dorada*, de Douglas R. Hofstadter; y luego, más recientemente, de él mismo: *Yo soy un extraño bucle*, Barcelona, Tusquets, 2013.

¹¹ De una novela, de la lectura de una novela me viene este conocimiento: Guedj, Denis, *El teorema del loro*, Barcelona, Anagrama, 2005.

100 micrometros de tamaño, parecidos a una esponja o a una piedra pómez, con porosidades interiores en forma de laberinto de un diámetro de 0.1 a 10 micromegas, a las que se les inyecta con presión un líquido, y la maravilla se opera: un cubo de 1 metro de lado, equivalente a 6 metros cuadrados en total, sin que ni su volumen ni su materia cambie, contiene 6 kilómetros cuadrados de túneles almacenando líquido a presión, o sea que la superficie interna de sus conductos ha aumentado un millón de veces.¹² ¿Cómo y cuándo aprendí que hay ciber espías en mi computadora personal, que puede elegirse el sexo del hijo que quiero tener, que la clonación humana es un hecho en los laboratorios de genética del mundo, que los volcanes pronto serán previsibles y controlables, que los miles de satélites artificiales que rodean la Tierra pueden caernos sobre nuestras casas, que en fingida democracia seguimos pensando como una monarquía con *palacios* municipales y federales, con *reinas* de la belleza, *príncipes* de la canción, y *castillos* y aviones de *reyes* para los presidentes? ¿De dónde aprendí yo que los artrópodos han inspirado a muchos comics y a luchadores durante el siglo XX (*Spiderman, El Avispón Verde, Alacrán de Durango, Hormiga Azul...*),¹³ de dónde

¹² En rev. *Science et vie*, París, no. 939, diciembre de 1995.

¹³ Navarrete-Heredia, José Luis, *Historias de artrópodos*, Guadalajara, STAU-DEG, 2015.

me acuerdo que la ballena a pesar de su apariencia y conducta no es un pez sino un mamífero? ¿Quién me dijo por escrito que ya se encontró la tumba de Jesús?

¿De dónde sé yo todo esto, de dónde lo recuerdo? De mis muchas lecturas, de libros científicos, novelas, tratados, revistas, poemas, obras de teatro, cuentos, ensayos, que están en mí, que viven en mí, que me habitan.

Nos tiene muy inquietos y desconcertados la religión musulmana con sus kamikazes que matan matándose para alcanzar el paraíso de Alá, y eso —sin lecturas comparativas— podría hacernos olvidar que la religión católica también tiene sus suicidas sagrados: desde los mártires del Coliseo Romano a principios de la era cristiana hasta los cristeros colgados o fusilados en el México del siglo XX, que se ganan el Cielo y se convierten en santos sacrificándose... He oído el nombre del volcán Popocatepetl, recuerdo, mientras leo en bilingüe náhuatl-español el poema “¿Cómo todo empezó? He aquí la palabra que solían pronunciar los ancianos”,¹⁴ y de repente me encuentro con un pasaje de la peregrinación del pueblo prehispánico, que dice: “Luego siguieron por la orilla del agua, / iban buscando los montes, / algunos los mon-

.....
¹⁴ León-Portilla, Miguel, *La tinta negra y roja*, “Antología de poesía náhuatl”, México, Editorial Era / El Colegio Nacional, 2008, pp. 286-295.

tes blancos, / y los montes que humean”, y en el último verso, me llama la atención el original en náhuatl, que dice: “ihuan in popocatepe”, y creo caer en la cuenta, sin ser nahuatlato, de que el nombre del volcán está relacionado con “monte que humea”..., *popocatepe*. ¡Bravo!, me aplaudo contento yo solito, porque acabo de enseñarme la etimología de Popocatépetl.

2. DIGO HOY AQUÍ: BASTA DE DECIR ¡HAY QUE LEER!

Digamos, mejor, lo que da la lectura, en atributos humanos, en experiencia cultural y personal. Involuntariamente, el hábito de leer nos hace cultos: es una consecuencia natural. Todo lo que leo se vuelve parte de mis recuerdos, se simbiotiza con mi biografía, pertenece a mi recorrido vital, se funde con mi experiencia, se convierte en mío, es parte integrante de mi yo: pasa a quedarse conmigo mismo, indisolublemente, como si yo lo hubiera inventado o descubierto, como si yo lo hubiera vivido (¡porque lo viví, por haberlo leído!).

Leer me deja en la memoria una gran cantidad de cosas que no sabía que sabía... Y que, repentina, milagrosamente, aparecen cuando en la vida cotidiana las necesito. Leer me ayuda a afrontar circunstancias adversas y novedosas con las armas de lo conocido, porque, sin saberlo conscientemente, yo ya había, en la lectu-

ra, pasado por eso. En el mundo de la ciencia o en el mundo de la ficción, gracias a mis lecturas, ya he vivido lo que ahora se me presenta por primera vez, y seré capaz de sortearlo. Sin duda leer la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo no hará que me suceda la hermosa y dolorosa experiencia de amor de Pedro Páramo por Susana San Juan, ¡pero si me acontece, no será la primera vez que lo vivo sino que lo estaré reviviendo, porque la primera vez lo viví en la piel de Pedro Páramo! Ahora sabré con más certeza, con más madurez, con más entereza, con más profundidad, qué hacer, porque ya casi habré comprendido, *recordando*, como recordé la retahíla de hechos científicos que acabo de citar acordándome cuando fue necesario que me acordara, es decir, cuando me propusieron que diera una conferencia sobre la utilidad de la lectura y que argumentara, como lo acabo de hacer, en favor del hábito de la lectura.

Nuestra experiencia no se compone solamente del número de acontecimientos que nos han realmente sucedido a nosotros, personalmente. Es, también, el número de historias que recordamos, su cantidad, su calidad, su intervención como modificadores de nuestro destino, porque ellos actúan en nuestras decisiones, inciden en nuestras respuestas a la vida, nos ayudan a eludir y evitar los caminos “erróneos” que co-

nocimos en cabeza ajena como si fuera propia, porque *leer es vivir en mí* las historias de otros: la ficción y la ciencia mimetizan la realidad; la gran imaginación está en la lectura de los científicos y los escritores: nunca como ahora la ciencia y la ficción han estado más hermanadas.¹⁵ Ambos, a su manera, hombres de ciencia y hombres de letras, creen estar diciendo una cierta verdad, creen estar transformando el mundo. Y es cierto. Pero sólo es cierto si no los dejamos hablando solos: si los leemos.

3. FINAL FELIZ

Voy a leerles, para terminar, una historia, una ficción, que la memoria colectiva guardó oralmente hasta que fue escrita, en italiano, en el siglo XIII, e incluida en la colección de cuentos titulada *Il Novellino*; va, por el puro placer de aprender divirtiéndonos; en este breve cuento, verán ustedes, mientras reímos y disfrutamos, recibiremos instrucción humanística y científica en materias como lógica, filosofía, historia, zoología, mineralogía, política, geografía, costumbres, y sociología.

.....
¹⁵ Hay verdades físicas y químicas que parecen invento de un literato loco. Hay textos de ficción que son verdaderos tratados del conocimiento humano y del mundo.

III

DE UN SABIO GRIEGO, PRISIONERO DE UN REY, Y DE CÓMO JUZGÓ ACERCA DE UN CORCEL

En tierras de Grecia existió un señor que ceñía corona de rey, dueño de un vasto reino, llamado Filipo. El monarca tenía en prisión a un sabio griego, culpable de un delito. La sabiduría de este hombre era tan grande, que con su intelecto llegaba más allá de las estrellas. Y sucedió que un día lleváronle al rey un corcel de España, muy fuerte y hermoso. El rey preguntó a sus capitanes cuáles eran las cualidades del corcel, y le respondieron que tenía en prisión a un gran maestro, experto en todas las cosas. El señor ordenó llevar el corcel al campo y también al prisionero, a quien le dijo: “Maestro, observa a ese corcel, pues me han dicho que eres muy sabio”. El griego observó al caballo y dijo: “Señor mío, este caballo es muy hermoso, pero debo decir que fue alimentado con leche de burra”. El rey envió a averiguar a España el modo en que habían nutrido al animal, y así pudo saberse que, al morir la yegua, una burra lo había amamantado. Esto maravilló tanto al rey, que ordenó le diesen al prisionero medio pan al día, a expensas de la corte. Y sucedió que un día el rey juntó sus piedras preciosas, mandó llamar al prisionero, y le dijo: “Maestro,

mucha es tu sabiduría, y creo que entiendes de todo. Si también entiendes de piedras preciosas, dime cuál te parece la de más valía”. El griego las observó y dijo: “Señor, ¿cuál de éstas es la que más os gusta?”. El rey tomó en sus manos la más bella y más valiosa de todas y dijo: “Maestro, ésta me parece la más bella y valiosa”. El griego la tomó y apretó en su puño, la acercó a su oído y dijo: “Señor, dentro de ella hay un gusano”. El rey mandó llamar a sus lapidarios, hizo que la partieran, y encontraron dentro un gusano. Entonces alabó al griego por su admirable sabiduría y estableció que le dieran un pan entero al día, a expensas de la corte. Muchos días después, el rey tuvo la sospecha de no ser hijo legítimo. Ordenó que le llevaran al griego, y, en un lugar secreto, comenzó a hablar y le dijo: “Maestro, me parece que eres un gran sabio, y prueba de ello han sido tus respuestas y tus hechos. Ahora quiero que me digas de quién soy hijo”. El prisionero le respondió: “Señor, ¿por qué me lo preguntáis? Bien sabéis quién es vuestro padre”. Y el rey le dijo: “No me respondáis con adulación. Decidme toda la verdad, porque si no me la decís, os haré morir de mala muerte”. Entonces, el prisionero le dijo: “Señor, sois hijo de un panadero”. El rey agregó: “Quiero saberlo de labios de mi propia madre”. La mandó llamar y, mediante feroces amenazas, la obligó a decir la verdad.

El rey volvió a encerrarse en una habitación con el griego y le dijo: “Maestro mío, una gran prueba has dado de tu sabiduría. Te ruego que me digas cómo pudiste saber todas estas cosas”.

Veán ustedes el paradigma: el sabio responde a todo, lo que es un esquema muy clásico de la literatura tradicional, y ahora viene la explicación, que en principio debe sorprendernos y agradarnos:

Entonces, el griego le respondió: “Os lo diré, señor mío. Me di cuenta de que el corcel había sido alimentado con leche de burra por mero sentido común, pues observé que tenía las orejas un poco caídas, y eso no es propio de la naturaleza de los caballos. Me di cuenta de que la piedra preciosa tenía un gusano, porque las piedras son frías de suyo, y la sentí caliente, y caliente no puede estar una piedra en estado natural, salvo que dentro tenga un animal vivo”. “¿Y cómo os habéis dado cuenta de que soy hijo de un panadero?”. El prisionero griego le respondió: “Señor, en cuanto os dije algo asombroso acerca del caballo, me regalasteis medio pan al día; y luego, cuando os dije lo que pensaba de la piedra, ordenasteis que me dieran un pan entero. Pensad, entonces, cómo fue que pude darme cuenta de quién sois hijo. Porque si hubieses sido hijo

de rey, os habría parecido poco regalarme una noble ciudad; sin embargo, a vuestra índole le pareció demasiado premiarme con pan, como lo hacía vuestro padre”. El rey reconoció entonces su propia mezquindad, lo dejó libre y lo premió muy noblemente”.¹⁶

Basta ya de decir *¡hay que leer!*, con esperanza. Mejor digamos, con tristeza, con conmisericordia, con lástima: *¡pobre del que no lee!, ¡pobre del que no lee!*

Señores y señoras: muchas gracias por haberme escuchado leer, muchas gracias por haber leído conmigo esta tarde.

¹⁶ Anónimo, *Il Novellino*, “Las cien novelas antiguas”, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 2000. Traducción de Guillermo Fernández. Pp. 43-47.

CONTENIDO

I. PROVOCACIÓN 1: DEJEN EN PAZ A LOS IGNORANTES	7
II. PROVOCACIÓN 2: HABLAR Y LEER PARA DESAPENDEJARSE	11
1. No andemos pensando que las palabras tienen poco valor.....	12
2. Deme la prueba, maestro.....	15
3. La palabra destruye y construye	18
4. La palabra es mágica	21
5. La palabra: cuestión de vida o muerte ..	23
6. Éramos amigos, pero ya no me habla...	24
7. La lengua y la educación	27
III. PROVOCACIÓN 3: QUE NO LEA EL QUE NO QUIERA LEER	29
1. Les dije a mis alumnos... ..	29
2. Digo hoy aquí: basta de decir ¡hay que leer!	36
3. Final feliz	38

DANTE MEDINA, nacido en Jilotlán de los Dolores, Jalisco, México, ha dedicado su vida a ser un hombre de escritura, lo que quiere decir de lectura: durante más de cuarenta años ha enseñado en las letras, con las letras, por las letras, *metiéndose* con la lengua, el pensamiento, la lógica, la historia de la cultura, la traducción, y la interpretación de textos, con ganas inmensas de comunicar esa pasión a los demás.

Su obra ensayística abarca libros polémicos y provocadores: *¿Latino yo? No, yo son itálico. El español no es hijo del latín*, donde cuestiona los orígenes del español; *Zonas de la escritura*, en que propone ver y oír de manera diferente la interpretación semiótica; *Eso que llaman literatura*, un libro que defiende las rutas futuras e innovadoras de la novela; *Algunas técnicas de la novela latinoamericana contemporánea*, donde analiza las formas de escritura de los maestros contemporáneos de nuestro continente; *Sonetos: qué son... etos?* “El soneto atípico en la literatura”, un estudio y antología de los sonetos “extraños” de la literatura en español; y *Los Fundamentales*, una

revisión amplia de lo que hasta ahora se ha creído que debe de ser la verdad oficial en la historia de la ficción en Occidente. Últimamente, ha publicado su cuidadosa, acompañada, respetuosa, y controversial lectura del libro sagrado de los católicos: *La Biblia. No la deje al alcance de los niños*.

Ahora, con esta conferencia sobre la lectura, quiere convidar a la lectura a los que quieran dejarse convidar.

BASTA YA DE DECIR ¡HAY QUE LEER! *de Dante Medina*, fue impreso en Sericolor Diseñadores e Impresores, S.A. de C.V., Ma. Refugio Morales 583, Col. El Porvenir, Colima, Colima, México, en agosto de 2016, el tiraje consta de 500 ejemplares sobre papel bond ahuesado de 90 g para interiores y cartulina sulfatada de 12 puntos para la portada.